

LECTURAS

FISURAS

MÓNICA DE TORRES CURTH¹

La primera fue en el hombro derecho. No era muy grande, ni siquiera dolorosa. Pero era móvil. Más que móvil, viva. La raspó con la uña y se agrandó un poco. Volvió a raspar y se bifurcó. Como una fisura en un cristal. Apenas era una línea, más clara que su piel, casi imaginaria. Se la miraba en el espejo dándole la espalda, y con la cara vuelta hacia la imagen. Se quedó observando sin entender. No la sentía al tacto, no dolía al pasar la mano, pero parecía que algo invisible y brillante brotaba desde adentro. Se pasó un poco de crema. Se puso una camisa, un pantalón gastado y las zapatillas de lona. Se peinó con una cola bien tensa, y se pintó apenas los párpados de rosa pálido. Sobre la silla la esperaba el bolso con los cuadernos, unos libros y las cosas sin hacer. Bajó a los apurones la escalera y subió al colectivo.

Las clases terminaron tarde como de costumbre. Había llovido, pero ya a estaba despejado y entre nubes veía las estrellas. Todas las noches cruzaba la plaza, y paraba unos segundos a mirar el cantero de violetas, de pimpollos que un día reventaron de belleza. Pero ese día había pasado hacía mucho tiempo, y estaban ahora muriendo, de a poco, con los pétalos mojados y mustios. Cuando llegó a su departamento encendió el velador y tiró el bolso arriba de la silla. Pensó en poner el agua para unos mates, pero no lo hizo. Prendió la radio. Se sintió ahogada por ese olor a violetas podridas que la acompañó hasta adentro de su casa y decidió salir a caminar. Un par de cuadras, para despejarse un poco. Bajó de nuevo la escalera. Metió las manos en los bolsillos del jean y empezó a andar. Hizo unos metros y escuchó un ruido, como si una tela se rajara.

¹ Mónica de Torres Curth es jubilada como docente investigadora de la Universidad Nacional del Comahue en la sede Bariloche, donde forma parte del equipo de dirección de la revista de divulgación científica Desde la Patagonia, Difundiendo Saberes. Es escritora y por su obra ha recibido varios premios, entre ellos: "Todo lo que debemos decidir" (2018, Editorial de la UNRN), "El camino de la izquierda" (2019, Fondo Editorial Rionegrino), y recientemente, el libro álbum para las infancias, Wangelen, en la convocatoria 2024 del FER.

Miró de reojo su camisa y su pantalón. Nada parecía haberse roto. Giró sobre sus pasos y volvió al departamento. Pensó en las violetas mustias y en la frágil fisura de su piel.

La escalera le pareció una misión imposible. Le dolían los pies. Estaban hinchados. Entró a su habitación con la luz apagada, no quería verse en el espejo. Se recostó en su cama y se quedó dormida. Cuando se despertó le dolían la espalda, la cabeza, el estómago. Tenía un gusto amargo en la boca. Entró en el baño y sin abrir los ojos se cepilló los dientes por un rato. La menta del dentífrico no lograba sacarle ese gusto desagradable. Se desnudó y se metió bajo la ducha. Dejó correr el agua por horas. Tantas que ya se había ido todo el vapor del espejo y el agua helada seguía corriendo por su espalda, su pelo y su cara. No sentía frío. No sentía nada. Giró la canilla hasta que el agua dejó de caer y sólo se escuchaban algunas gotas golpear huecas contra el piso. Sin secarse siquiera caminó hasta la cocina y prendió la hornalla. Puso la pava y fue a vestirse. Entonces descubrió la segunda. Más larga. Mucho más larga y con muchas ramitas como nervaduras. Un tallo grueso en el medio, apenas más brillante que el resto, la recorría desde el pubis casi hasta llegar a sus pechos.

Se acercó a la ventana y vio una bruma espesa que cubría la calle. No había ruidos. Hizo unos cálculos breves y se acordó de que era domingo. Miró el reloj: las ocho. Un gato maulló en alguna parte. A veces le daba miedo el mundo. Sin vestirse se ovilló en un rincón. Comenzó a balancearse mientras sus pensamientos saltaban desde su madre a las huellas que aparecían en su cuerpo, desde las violetas a las hojas del otoño que tenía guardadas en un libro de poemas.

Se acercó a la ventana y miró sus piernas. Las nervaduras de luz ya las habían tomado. Sus brazos, su pecho, su vientre, hasta sus manos y sus pies. Salió del departamento desnuda. Llegó a la plaza. Se subió al cantero de violetas y enterró los pies en la tierra esponjosa y húmeda. Alzó los brazos y sintió un crujido intenso y doloroso como de parto. Se resquebrajó completamente y su piel fue cascarándose hasta hacerse corteza. En tanto los pies se hundían el suelo blando y fecundo, sus nervaduras crecieron en profundas raíces, y los dedos de sus manos se repitieron en cascadas de hojas y flores, mientras su pelo formaba una copa fresca.